

Antología de cuentos de terror, 1

De Daniel Defoe a Ambrose Bierce

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 1981

Tercera edición: 2022

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuarez.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la selección, traducción y notas: Rafael Llopis

© Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1963

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-771-7

Depósito legal: M. 3.126-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

| | |
|---|-----|
| Los cuentos de terror | 9 |
| LOPE DE VEGA | |
| La posada de mal hospedaje | 17 |
| DANIEL DEFOE | |
| La aparición de Mrs. Veal..... | 27 |
| DONATIEN ALPHONSE FRANÇOIS DE SADE | |
| Rodrigo o La torre encantada..... | 35 |
| WALTER SCOTT | |
| Relato de Willie el Vagabundo | 57 |
| MATTHEW GREGORY LEWIS | |
| Historia de don Ramón, marqués de Las Cisternas, o la monja ensangrentada..... | 85 |
| Capítulo IV | 86 |
| CHARLES NODIER | |
| El valle del hombre muerto | 141 |
| FREDERICK MARRYAT | |
| Una narración de los Montes Hartz | 159 |

| | |
|--|-----|
| JOHN WILLIAM POLIDORI | |
| El vampiro..... | 189 |
| AGUSTÍN PÉREZ-ZARAGOZA | |
| La princesa de Lipno o el retrete del placer criminal | 223 |
| EDGAR ALLAN POE | |
| Sombra..... | 251 |
| Silencio..... | 255 |
| Morella..... | 260 |
| CHARLES DICKENS | |
| Una extraña entrevista..... | 271 |
| JOSEPH SHERIDAN LE FANU | |
| El fantasma de Madam Crowl..... | 291 |
| El vigilante | 312 |
| Un extraño suceso en la vida de Schalken el pintor..... | 361 |
| MARGARET OLIPHANT | |
| La puerta abierta | 395 |
| PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN | |
| La mujer alta | 455 |
| GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER | |
| Cartas desde mi celda («Carta octava»)..... | 477 |
| AMBROSE BIERCE | |
| El desconocido | 493 |

Los cuentos de terror

Rafael Llopis

¿Qué es el cuento de terror? Evidentemente es aquel que va encaminado a producir terror. Pero esta condición no basta. Los ladrones, asesinos, tigres escapados, tarántulas gigantes, déspotas que practican la caza del hombre y otros locos homicidas producen una clase de terror que no es exactamente el terror de los llamados cuentos de terror. Tampoco lo es el que producen invasores extra-terrestres, máquinas diabólicas o demás elementos de la ciencia ficción. En ambos casos se trata de personajes y situaciones que se ajustan a las leyes naturales que conocemos o que habremos descubierto en el futuro. Pertenecen, por tanto, al mundo natural. En cambio, lo que caracteriza al verdadero cuento de miedo es la aparición de un elemento sobrenatural e inexplicable, totalmente irreductible al universo conocido, que rompe los esquemas conceptuales vigentes e insinúa la existencia de leyes y dimensiones que no podemos ni intentar comprender, so pena de sufrir graves cortocircuitos cerebrales.

Hace bastantes años definí el cuento de miedo como una forma de expresar lo numinoso cuando ya no se cree. En efecto, la literatura terrorífica nace en pleno apogeo del racionalismo y se desarrolla junto con él, como su sombra que es. Al ser entronizada como diosa única, la razón puso en libertad a los númenes reprimidos que encontró en las

mazmorras culturales de quienes hasta entonces habían aspirado al monopolio de toda numinosidad. La nueva diosa, que había tenido acceso al trono negando precisamente, y por negar, lo numinoso, dio ejemplo de liberalismo y tolerancia amnistiando a quienes consideraba criaturas inofensivas amigas de los niños, es decir, permitiendo al ciudadano jugar literariamente con ellas.

«No creo en los fantasmas, pero me dan miedo», decía más o menos Madame du Deffand en pleno siglo XVIII, erigiéndose sin saberlo en portavoz de una nueva clase de lectores que empezaban a aficionarse a vivir la emoción de lo *tremendum* desde el distanciamiento de su propia incredulidad. Para disfrutar del cuento de miedo sólo hacía falta poner a esta última entre paréntesis. De esa manera, lectores y autores hicieron un pacto secreto y pusieron en marcha la fenomenología mucho antes de que la inventaran.

Tal fue la *astucia* de la sinrazón para emerger de nuevo a través de la tupida malla de la razón.

Desde entonces, la historia del cuento de miedo es la del juego que se traen el lector y el autor, entre la habituación del lector a unos métodos del autor que ya no son capaces de ayudarle a traspasar la barrera de la incredulidad y la invención, por parte del autor, de artificios nuevos que cojan desprevenido al lector y lo coloquen en el estado de conciencia citado.

Al principio, el lector era muy fácil de asustar. Recién salido del universo de la creencia, su escepticismo era como una débil película superficial que saltaba en mil pedazos en cuanto el autor mencionaba los gemidos del viento en la torre o la luz de la luna cayendo sobre el cementerio. Bastaba una ligera señal para que el lector cayera en el horrorizado embeleso que constituye la finalidad de este tipo de literatura.

Así es como, desde finales del siglo XVIII hasta casi mediados del XIX, nace y se desarrolla la primera forma histórica del cuento de terror: la novela gótica o novela negra. Con ella aparece en el ámbito literario un elemento nuevo: la ruina medieval perfumada por la nostalgia, poblada de los espectros y fantasmas de una época pasada en la que todavía ocurrían tales prodigios. En el castillo, en la torre, en la abadía del bosque, en el pasadizo secreto, en el laberinto subterráneo de una arquitectura demencial, se mueven personajes terribles y candorosos, entre aullidos de ultratumba, rechinar de cadenas, tormentas horribles, luces sobrenaturales y extrañas melodías del crepúsculo.

Junto a esta novela negra, yo solía señalar la existencia de un cuento al que llamaba blanco, por contraste, y que también era fantástico y romántico, pero en el cual, en vez de elementos macabros, predominaba una atmósfera humorística de cuento de hadas o de conseja campesina. En vez de novelas largas solían ser relatos breves, y en ellos vivían trasgos y gnomos, duendes escoceses o árabes, magos, personajes de cuentos infantiles (a veces decididamente siniestros) y hasta algún diablejo moralizador.

Sea como fuere, la realidad es que los espíritus de la fábula y el mito volvieron a ser *sentidos* por el hombre occidental. Envueltos todavía en pretextos, explicaciones y componendas para que no se escandalizasen crédulos ni racionales, el caso es que los seres del más allá volvieron a operar en tierras celtas, germánicas y romanas. ¡Tremenda operación de incalculables consecuencias!

Desde entonces tal ha sido el imperio de los dichos espíritus sobre la mente de los lectores, que éstos han obligado a los autores –comercialmente, se entiende– a que siguieran haciéndoselos sentir.

–*Please* –decía el lector al autor–, no me cuente más historias de malvados condes italianos ni de horribles monjes españoles. Estamos en Inglaterra, en pleno siglo XIX. ¿Cómo quiere usted que me asuste con los fantasmas si primero no me creo el cuento?

–Es que el fúnebre tañido de la campana movida por manos invisibles... –se defendía el autor.

–Mire: usted arrégleselas como pueda, pero si no me hace sentir el exquisito hálito del *mysterium*, yo no le pago.

Ante tales condicionamientos, los espíritus se aclimataron perfectamente a la Inglaterra victoriana del despeque económico e industrial. Prescindieron de un utillaje que se les había quedado obsoleto y se acostumbraron a manifestarse hasta en los lugares más prosaicos y de las maneras más inesperadas. Y así fueron pasando de unas modas a otras, de novelas largas a relatos cortos, o viceversa según las épocas, del irrealismo al realismo, del realismo al onirismo, del cuento al informe técnico, del informe técnico a la ciencia ficción y de ésta al misticismo, con tal de que el autor supiera cogerle las vueltas a los hábitos mentales del lector para mejor descargarle el calambrazo terrorífico, que no de otra cosa se ha tratado desde un principio.

Por fin, tras los espectros elementales y románticos, y los fantasmas más sofisticados y creíbles que vinieron después, no quedaron muertos que no nos hubieran ya asustado. Y el lector seguía exigiendo cosquilleos. En vista de lo cual, el autor fue permitiendo que nuevos moradores del trasmundo salieran al papel.

Hasta 1920 aproximadamente, el personaje terrorífico había sido un ser tenebroso y nocturno, nacido de la novela negra y aclimatado al cuento más o menos blanco. Sabido es que los espíritus de los muertos son, de to-

dos los pobladores del llamado plano astral, los que están más cerca de nuestra dimensión. Pero, una vez que hubieron salido de todas clases y pelajes y ya no quedarán más modelos por ver, el cuento de miedo empezó a poblarse de entidades cada vez más luminosas. En vez de fantasmas y vampiros empezaron a aparecer dioses antiguos y espíritus de la naturaleza que incluso se manifestaban a plena luz del día. Los personajes humanos del relato –aquellos con los que se identifica el lector– ya no sentían terror, sino fascinación. Lo que emerge en estos cuentos fantásticos ya no es un hálito de ultratumba, sino un efluvio cada vez más inequívocamente paradisiáco. El terror aparece a posteriori, cuando el protagonista humano se da cuenta de lo cerca que ha estado de perderse para siempre y no poder regresar al mundo común de todos los días.

El terror numinoso ya no lo produce la aparición de un muerto ajeno, sino la insinuación de que existe un desconocido en mi propio yo. Ese más allá que el cuento de miedo permite sentir aunque no se crea en él ya no es la supervivencia del alma después de la muerte, sino su presencia en vida. El autor, por supuesto, se declara adicto al régimen de su conciencia normal y cotidiana, por lo que, en el cuento, el sobrenatural invasor suele ser catalogado como ser diabólico y nefasto. Pero no hay que dejarse engañar por este nuevo truco encaminado a no escandalizar excesivamente a la diosa.

Luego, cuando se inventa la ciencia ficción, los personajes terroríficos de toda la historia del cuento de miedo pasan directamente a una jubilación discreta en la que se les proporcionan nuevos pretextos para seguir existiendo: explosiones nucleares, mutaciones, formas de vida ajenas a nuestros ciclos biológicos, etc. Pero a estos relatos yo los considero fuera del cuento de miedo y

pertenecientes ya a la ciencia ficción. Ciencia ficción terrorífica, como se la ha llamado, pero que ya queda fuera de los límites de esta antología.

Así pues, la historia del cuento de miedo es la historia de un instante fugaz que va desde que la razón abre la puerta de lo oculto hasta que lo oculto empieza a manifestarse dentro de la razón. En ese intervalo, lo que en el siglo XVIII se llamaba racionalismo se ha ido degradando hasta mera superstición, y muchas cosas que hace poco se consideraban pura demencia ahora se empiezan a demostrar en laboratorios experimentales.

En esta antología pretendo que se note cómo ha ido evolucionando la sensibilidad del occidental racionalista –y del español en cuanto tal– en lo tocante a ciertas vivencias extrañas e infrecuentes que, en las sociedades pretecnológicas, pertenecían al dominio de lo sagrado.

Espero que se asusten ustedes adecuadamente y se lo pasen bien.

Lope de Vega

LOPE DE VEGA (1562-1635). Hombre de vida azarosísima, enamorado y sentimental, sacerdote y hombre de convicción religiosa, el «Fénix de los Ingenios» es el creador del teatro español y su inquietud intelectual le llevó a cultivar formas diversas de la poesía y el relato.

Nació en Madrid. Se ordenó sacerdote en 1614. Murió también en Madrid. De él incluyo en esta antología un fragmento de *El peregrino en su patria*, la famosa aventura de Pánfilo, que George Borrow, a mediados del siglo XIX, consideraba como el mejor cuento de miedo que jamás se había escrito.

La posada de mal hospedaje

Cuando la fresca aurora, como Júpiter en lluvia de oro, transformada en aljófara, enriquecía el regazo de la tierra, salió el peregrino Pánfilo de Zaragoza, y por no usadas sendas, de monte en monte, de pastor en pastor, procuraba cuanto podía desviarse del real camino, temiendo siempre que los hermanos de Godofre y Flérída, con toda diligencia, le buscarían; determinose, al fin de algunas leguas, ir una noche a poblado, fatigado de la aspereza de los montes y la rusticidad del sustento, y entrando en una villa –término de los reinos– pidió posada, mas como en ninguna se la diesen, respecto de verle ya tan maltratado, los pies corriendo sangre, quemado el rostro y los cabellos revueltos, procuró el hospital, último albergue de la miseria. Abierto le halló Pánfilo a aquella hora, pero sin luz alguna, y preguntando la causa, le dijeron que por el escándalo que se había oído muchas noches, y después que en él había muerto un extranjero, no se habitaba ni vivía, pero que entrase dentro, que en una capilla de él vivía un hombre de santa vida y conversación que sufría por Dios aquellas molestias, y él le informaría y daría donde sin peligro durmiese. Pánfilo entró dentro, tentando por el oscuro portal con un cayado que en vez de su bordón traía. Vio lejos una pequeña luz y, enderezando a ella, llamó a aquel hombre.

–¿Qué me quieres –respondió a voces–, maligno espíritu?

–No soy quien piensas –respondió Pánfilo–; abre, amigo, que soy un peregrino que busco posada para esta noche.

Abrió la puerta entonces, y vio Pánfilo un hombre de mediana estatura y edad, los cabellos largos y la barba crecida y enhebrada; le cubría una ropa de sayal hasta los pies; la capilla era pequeña; el retablo, devoto, y en la peana de él dormía aquel hombre; tenía por cabecera una piedra, su báculo por compañía y una calavera por espejo, que ninguno muestra mejor los defectos de nuestra vida.

–¿Cómo has osado entrar –le dijo–, peregrino? ¿No te ha dicho ninguno el mal hospedaje de esta casa?

–Sí me han dicho –respondió Pánfilo–, pero he pasado yo tantos trabajos, desdichas, prisiones y malos acogimientos, que ninguno será nuevo para mi ánimo.

Encendió entonces una vela el huésped, en la lámpara que delante de la Imagen ardía, y, sin preguntarle quién era, le dijo:

–Sígueme.

Fue Pánfilo tras el hombre, y pasando un jardín tan intrincado que más parecía bosque, entre unos cipreses le mostró un cuarto de casa, y abriendo el cerrojo de un aposento grande, le dijo:

–Entra, pues eres mozo y enseñado a trabajos, haz la señal de la Cruz y duerme sin reparar en nada.

Pánfilo tomó la luz y, afirmándola sobre un poyo que la sala tenía, se despidió del hombre y cerró la puerta. En la sala había una cama bastante para descansar quien en tantas noches le había tenido en el suelo. Desnudose, y vistiendo una de dos camisas que Flérida le había dado, partiéndose, se acostó en ella. Apenas había revuelto en su fantasía la confusión de historias que en la quietud del cuerpo repite el alma, cuando la imagen de la muerte que

llaman sueño ocupó sus sentidos con la fuerza que suele tener sobre cansados caminantes. La parte que desampara el sol cuando se va a los indios estaba en profundo silencio, cuando al ruido de algunos caballos despertó Pánfilo; parecióle que caminaba –cosa que a los que caminan siempre sucede–, que la cama se mueve como la nave, o anda como el caballo que traía; pero acordándose que estaba en aquel hospital, y advertido del escándalo, por cuya causa era inhabitable, abrió los ojos, y vio que como si entraran a jugar cañas, de dos en dos entraban a caballo algunos hombres, alguno de los cuales, encendiendo unas ventosas de vidrio, que traían en las manos, en la vela que habían dejado, las iban tirando al techo del aposento, donde se clavaban, y quedaban ardiendo por largo tiempo, quedando el suelo pegado a las tablas, y la boca vertiendo llamas sobre la cama y lugar donde había puesto los vestidos. Se cubrió el animoso mancebo lo mejor que pudo, y dejando un pequeño resquicio a los ojos para que le avisasen si le convenía guardarse del comenzado incendio, vio en un instante las llamas muertas, y que en una mesa, que a la esquina de la sala estaba, se comenzaba un juego de Primera entre cuatro; pasaban, descartábanse, y metían dineros, como si realmente pasara de veras, y habiéndose enojado los jugadores, se trabó una cuestión en el aposento, con tantos golpes de espadas y broqueles, que el mísero Pánfilo comenzó a llamar a la Virgen de Guadalupe, que sólo le faltaba de visitar en España, aunque era del reino de Toledo; porque las cosas que están muy cerca, pensando verse cada día, suelen dejar de verse muchas veces. Pero cesando el golpear de las espadas, y todo el ruido por media hora, quedó de un sudor ardiente bañado el cuerpo en agua, y estando –a su parecer– satisfecho, que ya no volverían, sintió que asiendo los dos

extremos de la colcha y sábanas, se las iban quitando poco a poco. Aquí fue notable su temor, pareciéndole que ya se le atrevían a la persona, pues le quitaban la defensa, y estando de esta suerte, vio entrar con un hacha un hombre, detrás del cual venían dos, el uno con una bacía grande de metal, y el otro afilando un cuchillo; se le erizaron los cabellos en esta sazón, de tal suerte que le pareció que de cada uno de por sí le iban tirando. Quiso hablar y no pudo; pero cuando a él se acercaron, el que traía la hacha la mató de un soplo, y pensando que entonces le degollarían, y que aquella bacía era para coger su sangre, fue a detener con las manos el cuchillo, adonde le pareció que le había visto, y sintió que se las tragarón a un mismo tiempo. Dio un grito Pánfilo; y en este instante se volvió a encender el hacha, y vio que dos grandes perros se las tenían asidas. «Jesús», dijo turbado, a cuya voz se metieron debajo de la cama, y vuelta a matar la luz, sintió que le ponían la ropa como primero, y que, alzándole de la cabeza, le acomodaban de mejores almohadas, y le igualaban, con grande aseo, curiosidad y regalo, la sábana y colcha. Así le dejaron estar un rato, en el cual comenzó a rezar algunos versos de David, de que se acordaba –si entonces se podía acordar de sí mismo– y recobrando aliento, con alguna confianza de que, habiéndole compuesto la cama le dejarían en ella, vio que los que debajo de ella se habían entrado, le iban levantando por las espaldas, con su persona encima, hasta llegar al techo, donde, como si temiese la caída, sintió que de las mismas tablas le asía una mano del brazo, y cayendo la cama al suelo, con espantoso golpe, quedó colgado en el aire, de aquella mano, y que alrededor de la sala se habían abierto cantidad de ventanas, desde donde le miraban muchos hombres y mujeres con notable risa, y con algunos instrumentos le tiraban agua. Se

ardió la cama en este punto, y así la llama de ella le enjugaba, aunque con mayor miedo que al agua había tenido. Cesó la luz de aquel fuego, y tirándole de las piernas, también le pareció que le faltaban, y que había quedado el cuerpo tronco, y sin ellas. Fuese a este tiempo alargando aquel brazo, que le tenía asido, hasta la cama, donde otra vez de nuevo le acostaron y regalaron como primero. Descansaron estas vanas ilusiones cerca de una hora, después de la cual sintió que le asían las pobres alforjuelas en que traía algunas prendas y papeles de Nise, y las joyas de Flérida, y que se las llevaban arrastrando por la sala.

¿Quién creerá lo que digo? Se levantó Pánfilo animoso a cobrarlas, y el valor que no tuvo para defender su persona, le sobró para resistirlas. Salieron del aposento al huerto, y como los siguiese, vio que por entre aquellos cipreses llegaban a una noria, a donde las echaron, y ellos tras ellas. No quiso Pánfilo pasar adelante, mas volviendo con valeroso esfuerzo por donde el ermitaño le había guiado, llamó a su aposento, abriole el hombre, y viendo su calor y desnudez, le dijo:

–Mala noche te habrán dado los huéspedes.

–Tan mala –dijo Pánfilo– que no he dormido, y les dejo mi pobre hábito por paga de la posada.

Albergole entonces en la suya aquel hombre, lo mejor que pudo, y refiriéndole sucesos de otros, esperaron la mañana.

Muchos que ignoran la calidad de los espíritus, su naturaleza y condiciones, tendrán esta historia mía por fábula, y así es bien que adviertan que hay algunos de quien se entiende que cayeron del ínfimo coro de los ángeles, los cuales, fuera de la pena esencial, que es la eterna privación de la vista de la Divina Esencia, llamada de los teólogos la pena del daño, la cual padecerán eterna-

mente, respecto de su menos grave pecado, padecen pocas penas; y éstos son de tal naturaleza, que pueden dañar y ofender poco, pero sólo toman placer en hacer algunos estrépitos y rumores de noche, burlas, juegos y otras cosas semejantes, los cuales son oídos y vistos por algunos, como se sabe de muchos lugares y casas, las cuales son turbadas de tales escándalos, hechos de los demonios echando piedras, o molestando los hombres con golpes, encendiendo fuego o haciendo otras operaciones delusorias. Estas cosas hacen éstos muchas veces; porque no pueden ofender a los hombres de otra manera que con estos efectos ridículos e inútiles, constreñidos y ligados del infinito poder de Dios. Éstos se llaman en la lengua italiana, *foletos*, y en la española, trasgos, de cuyos rumores, fuegos y burlas cuenta Guillermo Totanni, en su libro *De Bello Daemonum*, algunos ejemplos, llamándoles espíritus de la menos noble jerarquía. Casiano escribe de aquellos que habitan en la Noruega —a quien el vulgo llama paganos—, que, ocupando los caminos, juegan y burlan los que pasan por ellos, de día y de noche. Miguel Psello pone seis géneros de éstos, *ígneos, aéreos, terrestres, acuátiles, subterráneos y lucífugos*. En él se pueden ver sus propiedades.

Jerónimo Menchi cuenta de un espíritu que, agrada-do de un mancebo, le servía y solicitaba en varias formas, y hurtando dineros, le pagaba algunas cosas que le agradaban; y sin éste, pone otros muchos, sus daños, sus burlas, sus amores, sus vanas ilusiones y sus remedios.

La luz del día, amable e ilustre, obra del Hacedor del Cielo, y única guía de los mortales, dio aviso a Pánfilo de que ya podía estar seguro de las malditas infestaciones de aquel espíritu, y despertando al hombre, se levantaron entrambos y juntos se fueron por la huerta al aposento donde había dormido, y entrando en él, a ver el

estrageo de la pasada noche, hallaron la cama y las demás cosas del aposento sin lesión alguna, y la ropa de Pánfilo en el mismo lugar donde la había puesto; se vistió y, corrido de que aquel hombre le tuviese por fabuloso y hombre de poco ánimo, le pidió licencia para irse, desde cuyos brazos tomó el camino a Guadalupe, sin osar volver la cabeza a aquella villa, donde prometió no volver en su vida, por ningún acontecimiento, fuera de estar en ella su amada Nise.

Daniel Defoe